

Los españoles que forjaron un imperio

Pica en mano en San Quintín, asestando espada sobre una resbaladiza cubierta, con barro hasta las rodillas en una trinchera de Flandes, alternando por los tugurios de los bajos fondos de Nápoles... Rebosante de humanidad y con un tremendo poder de evocación de una época desaparecida, el consagrado especialista Julio Albi nos acerca a la historia de los tercios desde una perspectiva novedosa, metiendo al lector en la piel de los hombres que los componían y reviviendo con ellos sus experiencias individuales, sus esperanzas y sus sinsabores.



Vidas intrépidas. Españoles que forjaron un imperio
978-84-124985-2-3
552 páginas + 16 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

Durante los siglos XVI y XVII, la Monarquía Hispánica erigió, a lo largo y ancho del globo, el mayor imperio habido hasta la fecha sobre la faz de la tierra. Un imperio forjado, a golpe de pica y arcabuz, por sus célebres tercios. Si en su clásico *De Pavía a Rocroi* el consagrado historiador Julio Albi analizaba magistralmente estas formidables unidades que durante siglo y medio dominaron los campos de batalla, *Vidas Intrépidas. Españoles que forjaron un imperio* nos acerca a la historia de los hombres que las componían, desde nobles de ancestrales blasones –y otros que creían serlo– a plebeyos que no tenían qué comer, de los que alcanzaron la cúspide militar a los que nunca pasaron de soldados. Hombres que lucharon en cerrados combates, por mar y tierra, realizaron desembarcos arriesgados, fatigaron los caminos de Europa o los vericuetos de los Andes, se bambolearon en galeones, apostaron un botín a naipes grasientos y a dados trucados, se hacinaron en galeras hediondas, gastaron en perifollos lo que no tenían, naufragaron, montaron guardia en presidios perdidos, pelearon en lupanares dudosos, se amotinaron, coronaron brechas ensangrentadas, disputaron cubiertas resbaladizas, se batieron en callejones sombríos, remaron encadenados a bancos enemigos... o tuvieron la monotonía como su peor enemigo. Sus adversarios, ingleses, franceses, holandeses, incas, turcos, berberiscos y araucanos, fueron tan variados como los escenarios en los que transitaban, el Atlántico, Chile, Inglaterra, el Mediterráneo, Francia, México, Italia, Berbería, Irlanda, Flandes. Hay, sin embargo, denominadores comunes: a ninguno, ni siquiera al más cuitado de ellos, le faltó el valor, y todos pasaron sus vidas a un paso de la gloria y de la muerte. Sería inútil buscar aquí paladines de brillante armadura; en las páginas de este libro, que desprenden perfume a bizarría y a pólvora, solo se encuentran hombres, no todos recomendables, pero de vidas intrépidas con cuyas espadas se forjó un imperio.



Julio Albi de la Cuesta, Embajador de España, se ha convertido en un autor referente para la historia militar de nuestro país por obras clave como *De Pavía a Rocroi*, *Banderas olvidadas*, *En torno a Annual*, *Arcabuces, mosquetes y fusiles*, *El último virrey*, *El Ejército carlista del Norte 1833-1839* o *¡Españoles a Marruecos! La Guerra de África 1859-1860*, y es coautor de otros tantos trabajos de historia militar entre los que destaca *Campañas de la caballería española en el siglo XIX*, *Un eco de clarines* y *A cien años de Annual*. Desde 2009 es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

En librerías el miércoles 29 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE EL AUTOR

Julio Albi de la Cuesta nació en Burgos el 15 de julio de 1948 y tras licenciarse en Derecho ingresó en 1973 en la carrera diplomática. Ha sido Subdirector General de la Oficina de Información Diplomática; Embajador de España en Honduras; Director General de Relaciones Informativas y Sociales del Ministerio de Defensa; Embajador de España en Ecuador; Cónsul General en Nueva Orleans; Embajador de España en Perú; Director General de Comunicación Exterior, en el Ministerio de Asuntos Exteriores; Embajador de España en Siria, y Cónsul General en Bayona.

Como historiador, Julio Albi de la Cuesta se ha convertido en un autor referente para la historia militar de nuestro país por obras clave como *De Pavía a Rocroi. Los Tercios españoles; Banderas Olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación; En torno a Annual; Arcabuces, mosquetes y fusiles; El último virrey; El Ejército carlista del Norte 1833-1839; ¡Españoles a Marruecos! La Guerra de África 1859-1860 o Moros. España contra los piratas musulmanes de Filipinas (1574-1896)*, y es coautor de otros tantos trabajos de historia militar entre los que destaca *Campañas de la caballería española en el siglo XIX; Un eco de clarines y A cien años de Annual. La guerra de Marruecos*. Ha escrito también dos novelas, *La calavera de plata* y *La Gran cifra de París*, así como diversos artículos para *Desperta Ferro Historia Moderna*. Desde 2009 es académico correspondiente de la Real Academia de la Historia.

2009, Premio Ejército con Distinción Especial
2019, Premio El Gran Capitán a mejor autor de Historia militar

SE HA DICHO SOBRE SU OBRA

«*De Pavía a Rocroi* es una obra maestra, imprescindible en toda buena biblioteca histórica. Con este libro espléndido, Julio Albi consiguió un relato fascinante del auge y ocaso de la que fue mejor infantería del mundo».
Arturo Pérez-Reverte

«*De Pavía a Rocroi* cubrió un enorme vacío sobre lo que se conocía en España de esta infantería y, además, inspiró a toda una generación de historiadores y divulgadores a ir más allá del mito patriótico».
César Cervera, *ABC*

«Julio Albi de la Cuesta ofrece en *¡Españoles, a Marruecos!* una detallada y rigurosa crónica del conflicto, que interesará especialmente a los aficionados a la historia militar, pero también a quienes deseen reflexionar sobre el papel que tiene la guerra en las sociedades contemporáneas».
Alfonso López, *Historia National Geographic*

«*Banderas olvidadas* es un fantástico libro de introducción a las guerras de Emancipación americanas, escrito con un buen ritmo y accesible a todo tipo de público. Albi de la Cuesta escribió una obra que en su día abrió muchas puertas y que, a pesar de haber ya mucha más bibliografía sobre el tema, sigue siendo una de las mejores opciones para iniciados en la materia».
Álvaro Bermúdez, *Rea Silvia*

«Para la elaboración de *El Ejército carlista del Norte*, Julio Albi, uno de los especialistas en historia militar más prestigiosos y respetados del país; ha empleado fuentes documentales inéditas [...] Con todo ello, sumado a un uso personal y preciosista del lenguaje, ha construido un ensayo que está llamado a convertirse en una obra de referencia clave en el estudio del carlismo y, por extensión, de la historia de España en el siglo XIX».
Todo Literatura

«Un riguroso estudio de la Primera Guerra Carlista [...] Lección de historia».
Cambio 16

DOSIER DE PRENSA



SUMARIO

Vidas intrépidas explicado por Julio Albi



EN POCAS PALABRAS

Vidas Intrépidas pretende ser **una panorámica sobre lo que significaba servir en los tercios de infantería española**, partiendo, en la medida de lo posible, de las palabras de los propios protagonistas y de sus contemporáneos. Si en *De Pavía a Rocroi* se intentó dar una visión global de esas unidades, ahora se busca, en cambio, **ofrecer distintas perspectivas parciales, de una quincena de hombres**, en la esperanza de que la suma de ellas permita formarse una idea de la experiencia que era militar en las filas de esas fuerzas. Para ello, se ha procurado reunir personalidades muy diversas, de distintos orígenes sociales, que operaron en escenarios diferentes, desempeñando un amplio abanico de misiones contra los más variados enemigos. El resultado es **un variopinto mosaico que es de desear que refleje el no menos abigarrado mundo de los tercios**.

Desfilan, así, segundones y pastores; pícaros y caballeros, aunque de humilde cuna; matachines y personajes sacristanesco; actúan entre México y los Dardanelos; asaltan, defienden o socorren plazas fuertes; se emborrachan en Nápoles o se batan en duelo en Madrid; saborean victorias o, derrotados, comen el

pan amargo de la esclavitud; navegan en galeras o en galeones, contra berberiscos, ingleses o turcos; desembarcan en costas hostiles o montan guardias eternas en presidios perdidos, en fronteras chilenas o africanas; dilapidan espléndidos botines o desfallecen de hambre en trincheras embarradas.

Se ha intentado, en resumen, ofrecer **una imagen alejada de aureolas o de leyendas de un color o de otro**. Las páginas recogen **hazañas, pero también abusos y matanzas de habitantes pacíficos, y crímenes** como asesinatos de mujeres o muertes de oficiales impopulares. Hay **héroes**, pero asimismo aparecen **amotinados y desertores frustrados**; se asiste a trayectorias brillantes, y a otras que transcurren en la oscuridad; vidas colmadas de honores se codean con las rotas por un monarca desagradecido o por un tinterillo anónimo y rencoroso. Pero **todo ello bullía en los tercios**, o en su entorno, y resulta imposible formarse una idea cabal de lo que aquellos representaban sin barajar perspectivas tan disímiles.

VIDAS INTRÉPIDAS, CAPÍTULO A CAPÍTULO

1. **Alonso Enríquez de Guzmán** procedía de una familia tan sobrada de blasones como escasa de

bienes. Tras un asendereado principio en su carrera militar en Italia y varios incidentes en España, marchó a **Perú**, en busca de fortuna. Una vez allí, luchó en el cerco del Cuzco y, luego, se vio envuelto en las guerras civiles entre pizarristas y almagristas, figurando en uno y otro bando, gracias a su falta de principios, que le conferían una gran ductilidad para adaptarse a las cambiantes circunstancias. Con motivo, Carlos I, buen conocedor de la naturaleza humana, nunca se fío de él. No obstante, estuvo junto al emperador en la batalla de Mühlberg, de la que dejó una sabrosa descripción.

2. El capítulo se centra en **Julián Romero**, considerado por muchos como epítome del soldado de los tercios. Cuenta sus aventuras como mercenario, en Inglaterra y en Escocia, así como su famoso duelo con Pedro de Gamboa, ante el rey de Francia. El núcleo del capítulo está centrado en su destacada actuación en el cerco, batalla y asalto de **San Quintín**. Incluyó desde tareas de inteligencia a otras más convencionales, que desempeñó al mando de uno de los principales sectores del asedio. Falleció como siempre hubiera deseado, a caballo y a la cabeza de sus tercios, camino de Flandes.
3. Recoge las trayectorias paralelas del célebre **Álvaro de Sande** y del menos conocido **Pedro Bermúdez de Santiso**. Ambos pelearon en Italia y, posteriormente, en la desdichada campaña de **Los Gelves**, en 1560, que acabaron como prisioneros de los otomanos. Se narra su periodo de estrecha cautividad en Estambul, así como su

liberación, y la cumplida venganza que los dos consiguieron, participando en el victorioso socorro de Malta, que se saldó con una gran derrota otomana.

4. **Juan de Arquellada** formó en el contingente que Alba llevó a los Países Bajos en 1567, inaugurando el Camino Español. Integrado en uno de los que luego fueron legendarios tercios de **Flandes** hizo todas las campañas del Gran Duque en aquellas tierras, y en particular, sirvió a las órdenes de su hijo, don Fadrique, entre otros, en el brutal asedio de Haarlem, en atroces condiciones, en el barro, el frío y la nieve, y que costó miles de vidas tanto entre los atacantes, como en la guarnición y en los habitantes. Toda Europa habló con admiración y asombro del largo sitio, que dejó amargo recuerdo en todos los participantes. Arquellada dejó un valioso testimonio de ese tipo de operaciones, que tanta sangre costó a los tercios en los Estados Bajos y en el Norte de Francia.
5. Lo menos que se puede decir de **Antonio de Quiroga** es que nunca dejó pasar una oportunidad, ni de aprovecharse de sus relaciones familiares. De ilustre prosapia y emparentado con el capitán general de **Chile**, marchó allí en unas privilegiadas circunstancias, que le acompañarían a lo largo de su vida. Cierto es que peleó como bueno en la interminable guerra contra uno de los más bizarros enemigos que tuvo la Monarquía Hispánica, pero también es cierto que Quiroga debió todo, incluida una pingüe boda, al favor. No es de extrañar que muriera

La plaza del mercado de Nápoles (ca. 1654), óleo sobre lienzo de D. Gargiulo, Fundación Casa Ducal de Medinaceli. La Piazza del Carmine, donde se celebraba el mercado de Nápoles, fue uno de los escenarios más bulliciosos de la urbe durante el periodo español. El amplio espacio lo ocupan numerosos tenderetes entre los que discurren personajes de toda clase.



DOSIER DE PRENSA



- rico. Sus andanzas han servido en esta oportunidad para describir la larga y encarnizada contienda con los entonces llamados araucanos, que presenta aspectos únicos en la experiencia de los tercios. Baste decir que nunca consiguieron domeñarlos.
6. Con **Diego Suárez Montañés** se entra en el particular y claustrofóbico mundo que eran los presidios africanos y, en particular, **Orán**. Allí se pasó prácticamente la vida entera el soldado, muy a su pesar. Al menos una vez intentó fugarse, sin conseguirlo. Su existencia transcurrió entre el tedio de las continuas guardias y el frenesí de las cabalgadas contra los “moros de guerra”, peligrosas operaciones que empezaban con una furtiva aproximación y terminaban en un angustioso repliegue, entre hordas de contrarios que hacían lo imposible por recuperar a sus mujeres, sus hijos y sus bienes que los cristianos arrastraban como botín. El hastío llevó a Suárez, que entró en filas casi analfabeto, a escribir una obra que hoy tiene categoría de clásica en su género. Murió pobre, claro.
 7. **Francisco de Cuéllar** sirvió en Ultramar como capitán de mar y guerra, al mando de un galeón y de una compañía de los tercios embarcados, que luego, en el siglo XVII, adquirirían su máximo prestigio. Participó en la **Empresa de Inglaterra**; en el regreso a España, el mar implacable estrelló su buque contra las erizadas costas irlandesas, que diezmaron a tripulaciones enteras, causando centenares de bajas. Herido y medio desnudo, huyendo de todo y de todos, emprendió un largo peregrinaje, que eventualmente, tras las más variadas vicisitudes, acabaría, ya a salvo, en Flandes. Tal alarde de resistencia y determinación no le escarmentó, y siguió sirviendo. Era hombre de mala suerte, y, por lo que se sabe, nunca llegó a medrar en la carrera de las armas. Las últimas noticias que hay de él le sitúan impecune, aburrido del desairado papel de pretendiente, y dispuesto a partir para México, siempre a la búsqueda de la esquiva fortuna.
 8. No más envidiable fue el destino de **Juan del Águila**. Tras brillantes servicios en el Ejército de Flandes, que lo elevaron al grado de maestre de campo, fue seleccionado para mandar la audaz y malhadada expedición a **Bretaña**, que terminó en rotundo fracaso y con él prisionero de sus hombres amotinados. A pesar de ello, se le escogió de nuevo para una operación similar, esta vez en tierras irlandesas. No acabó mejor, en Kinsale. Aunque en la subsiguiente investigación quedó libre de cargos, nunca más se confió en él. Su carrera tuvo un fin melancólico, retirado, es de imaginar que no sin amargura, en su pueblo natal de El Barraco, en Ávila.
 9. **Diego de Villalobos** dejó unos magníficos recuerdos de sus años de soldado, centrados sobre todo en torno a la ciudad de **Amiens**, capturada por los españoles en un brillante golpe de mano y, luego, tenazmente defendida contra Enrique IV. Villalobos hace una detallada y gráfica narración, llena de anécdotas, de una resistencia tan bizarra que despertó la admiración del rey de Francia, experto juez en la materia. Tras el fracaso de un intento de socorro, dirigido de forma discutible, la plaza se tuvo que entregar con las más honorables condiciones. La descripción que hace de la salida de las tropas hispánicas plasma de forma admirable lo que era el espíritu de aquellos tercios inquebrantables. En la vida civil, don Diego tuvo menos éxito que en la militar, que coronó como capitán de lanzas españolas. Acabó, en efecto, empapelado, en unos de esos infinitos litigios tan propios de la época.
 10. En este capítulo se agrupan vivencias en **Nápoles** de cuatro hombres muy diferentes: **Miguel de Castro**, obsesionado con las mujeres; el rezador **Jerónimo de Pasamonte**; el irrepetible **Alonso de Contreras**, y el letal petimetre que era **Diego Duque de Estrada**. Se habla del problema que suponían los alojamientos de la tropa, fuente de reyertas con los habitantes, raptos de mujeres y fraudes, y de las peligrosas noches en los famosos Cuarteles de los Españoles, rasgadas por espadas y por asechanzas de capeadores, que frecuentemente con la pañosa se llevaban una vida. También se comentan operaciones navales y anfibia, desembarcos y abordajes, en galeones y en el infierno flotante que eran las galeras, contra berberiscos, turcos y venecianos. Era entonces el riente Mediterráneo campo de batalla, testigo de combates que, para el perdedor acababan en la esclavitud o en la muerte.

11. **Tiburcio de Redín** fue un trueno, ducho en pendencias, con una habilidad especial para enfrentarse con sus superiores. Ni todo el poder del conde duque de Olivares bastó para que el irreprochable espadachín no le faltara al respeto. Combatió en **Italia**, en el **Caribe** y en el sur de **Francia**, pero también en **Madrid**, donde fue de escándalo en escándalo, y de trifulca en trifulca. No se libró Sevilla; estuvo a punto de bombardear un barrio por un achaque de amores. Hombre irascible y colérico, dio un abrupto giro a su desbarajustada vida cuando, para general asombro, decidió hacerse misionero. Como tal murió, en tierras americanas.

12. **Félix Nieto de Silva** se inició como militar en las campañas contra **Portugal**, que, por lo que a él se refiere, fueron una sucesión de razias y de emboscadas. A diferencia de los restantes capítulos, en este se asiste a la guerra a caballo. Desde lo alto de su montura, don Félix repartió allí golpes de espada y pistoletazos. Dos veces fue hecho prisionero, y dos veces fue libertado. En la segunda, tuvo oportunidad de hacer un alarde de caballería –no en vano decía de sí mismo que tenía algo de don Quijote–, que sus captores, no menos gentiles que él, supieron apreciar. Fue su sino enviudar en más de una ocasión, lo que le permitió aumentar el número de sus ventajosos matrimonios. Ellos, y el agradecimiento del rey por la meritoria defensa que hizo de Orán, le permitieron fallecer honrado y cargado de títulos de nobleza.

El libro acaba con dos breves notas. Una, sobre el sempiterno problema de los **sueldos**, origen de motines desastrosos, que las penosas circunstancias de las tropas ayudan a entender, sino a justificar. La otra, versa sobre los precarios **servicios médicos**, aún siendo los mejores de Europa, que se prestaban a los tercios. Junto a las desertiones y a las bajas en combate, explican el elevado índice de atrición que tenían. La conclusión es que no resultaba tarea fácil, en absoluto, sobrevivir en esas unidades.



Don Tiburcio de Redín (ca. 1635), óleo sobre lienzo atribuido a fray J. Andrés Rizi, Museo del Prado, Madrid. De aspecto imponente, el pendenciero Redín abandonó la carrera militar en 1637 para hacerse misionero y adoptó el nombre de Francisco de Pamplona.

LAS CLAVES DEL LIBRO

A diferencia del clásico *De Pavía a Rocroi* y otros tantos títulos que le han seguido, *Vidas intrépidas* nos acerca a la historia de los tercios desde una perspectiva diferente, desde la **experiencia individual de los hombres** que los componían.

Vidas intrépidas nos transporta a primera línea de las grandes batallas, de encarnizados asedios, de disputados combates navales... pero también a los sabores y sinsabores de la vida cotidiana de los soldados: de las francachelas en los bajos fondos de Madrid o Nápoles al hastío, al desarraigo, la falta de pagas, las heridas y las enfermedades.

Acompañando a nuestros protagonistas a lo largo y ancho del mundo, Julio Albi se vale de su **extraordinario poder de evocación** para transportar al lector a las tan disímiles realidades de un mundo desaparecido en el que combatieron, vivieron y murieron estos hombres.

Julio Albi, consagrado especialista en la historia de España en general y de los tercios en particular, es autor, entre otros, del clásico imprescindible *De Pavía a Rocroi. Los tercios españoles*.

DOSIER DE PRENSA



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a **Julio Albi de la Cuesta**, embajador de España, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, Premio Ejército y un autor de absoluta referencia para la historia militar de España, cuyo *De Pavía a Rocroi*, obra pionera en la historia de los tercios, es un auténtico clásico imprescindible.

Hace ya más de veinte años, la publicación de la primera edición de *De Pavía a Rocroi* vino a llenar un inexplicable vacío en una temática hasta entonces huérfana de nuestra historia: los tercios.

Desde entonces mucho se ha publicado sobre ellos ¿Qué aporta de novedoso *Vidas intrépidas*, y cómo viene a complementarse con el resto de su obra?

Vidas Intrépidas aspira a ser un complemento de *De Pavía a Rocroi*. En efecto, intenta aportar una visión de los tercios no global, como se ofrecía en esa obra, sino desde un enfoque opuesto, mediante la colección de una serie de perspectivas individuales, a fin de mostrar cómo transcurría la vida de sus integrantes, tanto en guarnición como en operaciones de muy diverso tipo, luchando contra los más variados enemigos, desde araucanos, como entonces se decía, a holandeses, en muy distintos teatros que abarcaban tres continentes.

«Hombres, con sus defectos y sus virtudes. A veces, se comportan como héroes, otras, como canallas. Todo dependía del carácter de cada uno de ellos, y de las circunstancias del momento. Nada era en blanco o en negro».

¿Qué tipos de personas eran estos individuos que integraban los tercios? ¿estamos ante héroes, antihéroes o simplemente hombres de la época que les tocó vivir?

Como digo en el prólogo del libro, en él aparecen, simplemente, hombres, con sus defectos y sus virtudes. A veces, se comportan como héroes, otras, como canallas. Todo dependía del carácter de cada uno de ellos, y de las circunstancias del momento. Nada era en blanco o en negro, había tantos matices como situaciones; resultaba muy posible pasar en un instante de arrogante mosquetero a esclavo condenado al remo en una gale-

ra turquesca; de poseer un sombrero lleno a rebosar de monedas, a no tener qué comer. Se trataba de gente que vivía y moría por el acero; solo el filo de una espada separaba la gloria del triunfo de la humillación de la derrota. En esas condiciones, resulta-

ba muy difícil mantener una trayectoria lineal; se vivía como se podía.

De entre todos ellos ¿a cuál podríamos destacar a modo de ejemplo?

Entre tantos personajes me resulta complicado elegir a uno de ellos como favorito. Aunque todos tienen sus luces y sus sombras, en general, salvo algunas lamentables excepciones, nunca faltan rasgos dignos

de elogio. Quizás uno de los más simpáticos sea Félix Nieto; arriesgó la vida en los campos portugueses y en las murallas oranesas; fue ascendiendo por sus pasos; disfrutó de buena posición económica; era tan celoso de su honra que cuando consideró que se vería afectada por una orden que supo que iba a darle el rey, contestó que era mejor que no lo hiciera, porque estaba resuelto a incumplirla. Había en él, además, como lo comenta, algo de don Quijote; conversaba, a través de una médium, con el espíritu de su difunta esposa; tuvo al menos tres desafíos: gozaba, afirma, de la especial y particular protección de una Virgen, y murió en su puesto con la satisfacción de haber vencido al enemigo y de que Carlos II reconoció sus méritos. Poco más podía pedir. Varios de sus compañeros que aparecen en el libro, zarandeados por los años y maltratados por las autoridades, envidiarían esa trayectoria.

Uno de los aspectos más destacados de *Vidas intrépidas* es que nos permite seguir los pasos de estos hombres a lo largo y ancho del mundo, de los Andes a Italia, de Francia al norte de África, de las galeras del Mediterráneo a los galeones de la empresa de Inglaterra. Y, por supuesto, a Flandes. ¿Qué características podrían definir tan distintos teatros de operaciones?

No es sencillo contestar a la pregunta, tan distintos eran los ámbitos en los que se movían los tercios. Por ejemplo, el Flandes indiano, como se llamaba a la Araucanía, era un mundo totalmente diferente de su homónimo europeo; el uno, "bárbaro", desde la perspectiva española, habitado solo por sinsabores y amarguras; el otro, epítome de prosperidad, poblado por las ciudades más ricas del Viejo Continente. Lo mismo se podría decir de la áspera Orán, comparada con la lánguida Nápoles, o de la navegación por el proceloso Atlántico, erizado de temporales, o por el riente Mediterráneo, aunque albergara inmisericordes enemigos. Tampoco era igual marchar por la fértil Lombardía que arrastrarse en harapos por los páramos irlandeses; montar al asalto de Haarlem no se parecía en nada a pasear por El Prado de Madrid, y batirse en San Quintín en poco se asemejaba a asestar un fugaz golpe de mano en tierras portuguesas. Lo único común a todos esos escenarios, ya lo he dicho antes, es que en todos acechaban aceros, listos para un abordaje, una batalla o un desafío.

Y en relación a lo anterior, ¿qué hacía de los soldados españoles tan versátiles como para que

podieran operar con tanto éxito en entornos tan radicalmente diferentes y, en ocasiones, totalmente extraños? Una experiencia que podemos hacer extensible al caso filipino, que tan vívidamente describió en su libro anterior, *Moros...*

Ciertamente, era asombrosa la versatilidad de la infantería española, capaz de operar en teatros tan diversos, que, en efecto, abarcaban hasta las Filipinas, tema que no he tratado ahora, por haberle dedicado no hace mucho el libro que menciona.

En mi opinión, ello solo fue posible debido a las características de los tercios y de los hombres que formaban en ellos. Los primeros eran unidades dotadas de una estructura modélica, una combinación perfectamente equilibrada de distintos tipos de armas; de fuego, como arcabuces y mosquetes, y de asta, picas y alabardas; se conseguía así una enorme flexibilidad, que permitía abordar situaciones muy diversas, y adaptarse a cada una de ellas. Así, por solo poner un ejemplo, en Chile, los tercios de infantería incluían fuerzas orgánicas a caballo, porque así lo requería la clase de enemigos que se tenían enfrente.

Por otro lado, y en lo que respecta a los hombres, estos llevaban a todas las latitudes una casi ilimitada confianza en sí mismos, y un abrumador complejo de superioridad, cualidades ambas imprescindibles para la victoria. Se sabían miembros de las mejores tropas de Occidente, que, a su vez, constituían el nervio militar de la mayor potencia de Europa. De ahí se derivaba un alto concepto de la valía propia, y un enraizado punto de honra –como se decía–, que hacía de cada soldado un combatiente de élite, y, también, hay que admitirlo, alguien muy difícil de mandar. La combinación de esos rasgos personales con una estructura eficaz, resultaba en unas unidades temibles.

En cada uno de los doce capítulos que componen el libro se traza una semblanza general de las operaciones en que se vieron inmersos nuestros protagonistas, para acercarnos luego a sus experiencias individuales, incluyendo un sinnúmero de acciones a pequeña escala que formaban el pan nuestro de cada día de estos hombres, y que con frecuencia nos hurtan los libros de historia militar a uso.

En efecto, para los tercios y, de hecho, para cualquier ejército, las grandes batallas eran casos excepcionales, que se producían muy de cuando en cuando. En campaña, resultaban mucho más frecuentes los pequeños combates, o las operaciones muy puntuales en las que no se enfrentaban grandes masas. Sucedió esto por

«En unidades como los tercios, llenos de hombres de marcada personalidad, sin duda la pequeña aportación de cada uno multiplicaba la eficacia del conjunto».

mar y por tierra; por ejemplo, en el Mediterráneo, sobre todo a partir de Lepanto, se practicaba una verdadera guerra de guerrillas naval entre reducidas agrupaciones de buques, o incluso entre solo dos naves. Por otro lado, para citar nada más que otro caso, en la larga contienda contra Portugal, que duró más de veinte años, apenas hubo media docena de verdaderas batallas; el resto del tiempo, las hostilidades se limitaron a un sinnúmero de incursiones y correrías. Creo que, en efecto, en el libro se plasma este estado de cosas, sin olvidar, por supuesto, los asedios, tan usuales en la época, y que, a su vez, también conllevaban multitud de choques a escala reducida.

Por otro lado, el enfoque de *Vidas intrépidas* también nos acerca a los aspectos más mundanos de su día a día: la paga, las heridas y enfermedades, sus relaciones con las mujeres...

Ciertamente. La vida en los tercios no suponía estar siempre en campaña; de hecho, habitualmente las tropas tendían a operar con el buen tiempo, en primavera y en verano, de ahí, que los soldados pasasen meses sin combatir. Varias de las biografías que aparecen en el libro recogen esa situación, lo que me ha permitido hablar de su vida cotidiana bajo diferentes soles, y de cuestiones como los sistemáticos problemas de los alojamientos, el sempiterno juego, tan extendido, las francachelas y los lances de honor y las problemáticas relaciones con el personal civil en general, y con las mujeres en particular. Respecto a estas últimas, el soldado Miguel de Castro era un caso extremo; según su autobiografía, toda su vida giraba en torno a ellas. Tan obsesionado estaba, que unas faldas fueron las culpables de que un virrey partiera de Nápoles sin las llaves de sus baúles; cuando quiso acceder a su contenido, tuvo que descerrajarlos. Las tenía Castro, pero encelado con su amante, olvidó entregarlas antes de la salida del dignatario. Este, cuenta el soldado, quedó “hecho una ponzoña”, y con motivo, ante el descuido.

También, en un intento de completar el panorama, dedico unos párrafos a materias como los brutales tratamientos médicos o los sueldos. El casi sistemático retraso en el pago de estos llegaba a crear situaciones verdaderamente dramáticas, habida cuenta de que los soldados se tenían que costear con ellos la comida, el vestido, las armas y hasta las municiones. De ahí la frecuencia de los motines y el recurso a prácticas ilegales, por ejemplo los fraudes en las revistas o muestras,

como medio de escapar, literalmente, a la inanición. También, las medidas que adoptaron las autoridades para entregar pequeñas cantidades –“socorros”– a cuenta, o para realizar distribuciones de ropa, también a cargo de los haberes, con la finalidad de que la tropa no se quedase en cueros.

Para finalizar, la historiografía de las últimas décadas establece un relato del curso de la historia determinado por corrientes de fondo y por procesos estructurales ¿Qué piensa del papel del individuo como motor de la historia?

Quizás por mis demasiados años, soy bastante anticuado y todavía creo en el individuo. Que está sometido a condicionamientos sociales, políticos, económicos, culturales y medioambientales resulta evidente, pero, parafraseando a Ortega, con esas circunstancias convive el yo, y pienso que existe, además, el libre albedrío. En el libro menciono el caso concreto de una posición tan batida que instalarse en ella acarrearía, casi con toda certeza, la muerte. Y sin embargo, los soldados de los tercios hicieron cola para ir sustituyendo a sus compañeros a medida que estos iban cayendo. Claro está que,

en parte, y sin que fueran conscientes de ello, actuaban de esa manera impedidos por los más diversos y remotos motivos profundos, pero, en última instancia, se jugaban su vida por decisión propia. Como sucedía al alférez que trepaba una brecha para plantar

«El casi sistemático retraso en el pago de estos llegaba a crear situaciones verdaderamente dramáticas, habida cuenta de que los soldados se tenían que costear con ellos la comida, el vestido, las armas y hasta las municiones».

en lo alto la bandera; o al enemigo que le esperaba allí para derribarle de un picazo talud abajo. Uno y otro lo hacían porque querían –en el caos de un combate sobrababan las ocasiones para desenfilarse o para ampararse en la masa–; se trataba de un ejercicio de voluntad individual, una decisión libremente tomada.

En unidades como los tercios, llenos de hombres de marcada personalidad, sin duda la pequeña aportación de cada uno multiplicaba la eficacia del conjunto. De ahí la permanente preocupación de los mandos por la calidad de la gente que se alistaba, porque cada infante tuviera el arma más adecuada a su temperamento, por mantener una “levadura”, como la llamaban, de veteranos, para que diesen tono al tercio y lo marcaran con su impronta particular. Este era así una unión de voluntades, embridadas por una rigurosa disciplina, y movidas por un insaciable espíritu de victoria.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Prólogo del autor

- 1 **ALONSO ENRÍQUEZ DE GUZMÁN
EN EL CUZCO (1535-1538)**
- 2 **JULIÁN ROMERO EN SAN QUINTÍN (1557)**
Una reformatión
- 3 **ÁLVARO DE SANDE Y PEDRO BERMÚDEZ
DE SANTISSO EN LOS GELVES (1560)**
- 4 **JUAN DE ARQUELLADA EN HAARLEM
(1573-1574)**
Dos motines
- 5 **ANTONIO DE QUIROGA EN CHILE
(1577-1578)**
- 6 **DIEGO SUÁREZ MONTAÑÉS EN ORÁN
(1577-1604)**
- 7 **FRANCISCO DE CUÉLLAR EN LA EMPRESA
DE INGLATERRA (1588-1589)**
- 8 **JUAN DEL ÁGUILA EN BRETAÑA
(1590-1597)**
- 9 **DIEGO DE VILLALOBOS Y BENAVIDES
EN AMIENS (1597)**
El sargento mayor, «un galán oficio»
- 10 **SOLDADOS DE NÁPOLES (1597-1627)**
- 11 **TIBURCIO DE REDÍN EN EL PIAMONTE
Y EN EL CARIBE (1617-1637)**
- 12 **FÉLIX NIETO DE SILVA EN PORTUGAL
Y EN ORÁN (¿1653?-1690)**

Apéndice I. *Sobrevivir en los tercios*

Apéndice II. *Los sueldos de los tercios*

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

ALONSO ENRÍQUEZ DE GUZMÁN EN EL CUZCO (1535-1538)



Como ya le sucedió cuando se lanzó al mundo recién casado, en esta oportunidad tampoco le arrastraban nobles afanes. Lo admite sin ambages: «codicia manda y ordena [...], mi intención era traer 4.000 o 40.000 ducados». Si conseguía la primera suma, ya tenía decidida su distribución, orientada a consolidar su patrimonio –para entonces, poseía cien mil maravedís de renta, varias casas y quinientas ovejas–. Pero si obtenía la segunda cantidad, como dice con sorna, cedería ante el aluvión de ducados: «será como ellos quieran, porque ante tanta multitud no quiero presumir de forzar y sojuzgar».

Salvando la prosapia, su caso era el de los muchos españoles que emprendieron la misma navegación, «a buscar de comer».

Era cierto, no obstante que, prosigue Enríquez, si bien había en aquellas tierras «infinita cantidad de oro, no cuesta barata, ni menos que la vida». De cien hombres que iban, ochenta la dejaban en la empresa; se añadía que, de los supervivientes, «no quedan tres ricos», llevando los demás vidas mediocres y precarias. Hacía falta ser de «hierro y acero» para sobrevivir al clima, las enfermedades y los indios.

Claro está que esa gente ruda, ansiosa de riquezas rápidas, acostumbrada a tutearse con la muerte, no se distinguía por cultivar los sentimientos más elevados; muy al contrario, fueron infinitos los crímenes que perpetraron. Los mejores cronistas, cabe decirlo en su honor, dejaron escandalizada constancia de ello.

Terremoto del Cuzco y procesión del Señor de los Temblores (siglo XVII), atribuido a A. Cortés de Monroy, catedral de Cuzco. Del mismo modo que la urbe se reconstruyó sobre sus ruinas tras el terremoto de 1650, la ciudad colonial anterior se había erigido sobre la traza de los palacios y complejos religiosos incaicos.

La interdicción que sobre don Alonso pesaba le impidió embarcar en Sanlúcar de forma normal. En lugar de ello, alquiló una embarcación y, con cinco criados y tres mil ducados de capital, abordó a tres leguas del puerto una nao que se dirigía a América. El patrón se lo quiso impedir, pero «eché mano a mi espada, entré dentro y fue mi viaje». Era el 30 de septiembre de 1534.

Tras recalar en Canarias, donde compró una esclava cocinera, veinticinco días de «mar y mal, de sed y de hambre» le llevaron a Puerto Rico, de donde fue a Santo Domingo y, de allí, a Panamá. Atravesó el terrible istmo, asombrándose de los «muchos leones y tigres», «como mulas sin cuernos»; de las iguanas, del tamaño de gatos grandes; de los cerdos salvajes, «con el ombligo en el espinazo» y de los murciélagos, que chupaban la sangre hasta producir la muerte y, llegado al Pacífico, zarpó para Perú, acompañado por cuatro criados, dos esclavos, la esclava y tres caballos.

El 31 de marzo de 1535 estaba en tierra peruana. En la recién fundada Lima, con la mayoría de las casas todavía de tierra, «hechas de adobes pintados», le acogió espléndidamente Francisco Pizarro, al que describe como «un pobre hombre», pero allí «casi rey», lo que era también el caso de Almagro. Ambos «no saben leer, ni escribir, ni firmar», anotó.

Tras unos meses allí, en diciembre, emprendió viaje para Cuzco junto con quien fue uno de sus grandes enemigos, Hernando Pizarro, «la mejor lanza de cuantas al Nuevo Mundo han pasado», aunque «pesado a la jineta». «De condición muy soldadesca y áspera», estaba destinado a desempeñar un papel principalísimo en la tragedia que se avecinaba.

Juntos, entre desorbitadas sierras y barrancos vertiginosos, soportando «un frío pintado al de Burgos, y aun al de Alemania», hicieron el largo camino, en el que, lo dice sin rubor, «era menester hurtar a los indios lo que habíamos de comer», a pesar de que había salido «bien abastecido de caballos y negros, y cosas necesarias para la honra y para el provecho». En uno de los lances, dejó la vida un esclavo suyo.

CAPÍTULO 2

JULIÁN ROMERO EN SAN QUINTÍN (1557)

Atrás quedó, muerta o prisionera, la flor de la nobleza francesa que había participado en la batalla. La lista de bajas es demasiado larga para anotarla aquí. Baste decir que Enghien falleció de sus heridas, y que el mariscal de Saint-André, los duques de Longueville y de Montpensier, el conde de la Rochefoucauld, hijo del condestable, y el Rhingrave figuraban entre los nobles capturados, que proporcionaron jugosos rescates. A propósito de este último, se dijo que había sugerido realizar de noche la operación de introducir el socorro en San Quintín, lo que quizá habría sido más acertado. También fue capturado un capitán español de nombre Carvajal, desertor del ejército real «porque le achacaban que era bujarrón». Dice mucho en honor de Julián Romero que hizo suya su causa «porque eran grandes amigos antes de pasarse a Francia».

Pero el principal prisionero fue el propio Montmorency, herido de un balazo en el muslo. Francisco R. de Uhagón ha revelado que se entregó a Pedro Merino, un veterano caballo ligero. Hubo discusiones en la materia, porque, si entregó a este el estoque, dio su guantelete a un capitán, Diego Valenzuela. Hubo juicio sobre el caso, pero la sentencia fue terminante, porque «entre españoles no se usa esto de dar la fe». Se reconoció el mejor derecho de Merino e impuso «perpetuo silencio» en torno a cualquier discusión al respecto. Como era costumbre, Manuel Filiberto prometió a este diez mil escudos por su presa, pagaderos cuando el condestable alcanzara la libertad, bien porque se acordaran paces o treguas, bien porque abonara su rescate; la oferta era válida aunque Montmo-

rency huyera. Mientras, le dio mil escudos y le fijó un entretenimiento anual de 500, no deducible de los diez mil.

Más tarde, el rey le concedió como armas un escudo que «en la mitad de en lo alto tiene el campo colorado, y en él un brazo armado con una nube al principio de él, y en la mano un estoque con un letrero que dice *Por fuerza*, y en la otra mitad del escudo una cruz colorada en campo amarillo».

Tanta importancia se dio a la captura que, decenios después, un nieto de Merino consiguió una plaza de soldado invocando aquel antiguo mérito. Llegó, por cierto, a maestre de campo del Tercio de Nápoles.

Sin duda, Julián Romero se regocijaría del triste destino de quien le maltrató ante los muros de Dinant. Cuando dejaba el campamento español, camino de Cambrai, el francés estornudó. Un soldado que andaba por ahí, cortésmente le dijo: «Dios ayude a V.S.»; el condestable, en vista de la lamentable situación en la que se hallaba, completó, sardónico: «de otro modo que hasta aquí».

La derrota fue abrumadora, la mayor «desde Agincourt o, al menos, desde Pavía». Los muertos superaron los tres mil; el número de heridos fue aún superior; el de prisioneros llegó a seis mil, dos mil «de la nobleza» y cuatro mil «comunes»; se perdieron más de setenta banderas y estandartes, toda la artillería y trescientos carros. En palabras de autores galos, «un ejército de 20.000 hombres fue dispersado y medio destruido por 5 o 6000 jinetes», de forma «poco honorable para nuestras armas». Las bajas de los vencedores ni en los cálculos más abultados superaron las quinientas.

El asedio de San Quintín, detalle (1590), fresco de F. Castello, Sala de Batallas del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Observamos la ciudad, los campamentos del ejército de Felipe II, las baterías de artillería y el asalto a la plaza.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 3

ÁLVARO DE SANDE Y PEDRO BERMÚDEZ DE SANTISSO EN LOS GELVES (1560)

Pero lo determinante fue la batalla por el agua. La ya mencionada carta de Sande, del 4, alude al invento del siciliano Sebastián Poller, pero debía de estar en fase experimental, porque al menos dos fuentes señalan que el 3 se habían producido muertes por sed; cincuenta, en concreto. Se requisaron todos los utensilios de cobre y, con ellos, se construyeron dieciocho alambiques comunes, mientras que los capitanes disponían de los suyos propios. Primero, suministraron treinta y cuatro barriles al día, pero luego la producción bajó a veinticuatro o veinticinco. El agua destilada, se afirma, era de tal calidad que resultaba incluso «demasiado dulce». Sande prometió a Poller, parece, quinientos ducados, más doscientos de renta por su invento.

En todo caso, los alambiques distaban de ser suficientes, ya que se calculaba que cuarenta barriles solo bastaban para setecientas personas. Por eso, se repartía una mezcla de dos partes de agua de cisterna, una de mar y otra de depurada. Un problema adicional de esta es que requería el consumo de una gran cantidad de leña; de hecho, fue la falta de combustible la que acabó con la producción.

Con todo, la ración se limitó a dos cuartuchos diarios –equivalentes a otros tantos litros– para los soldados y uno para las mujeres y no combatientes, aunque otros autores señalan que a los mozos se les daba medio; otros muchos no recibían nada. Se produjeron abusos, como falsedades en las listas de efectivos, hinchándolos para obtener más agua, o ventas clandestinas de esta. Un capitán dio con sus huesos en prisión por ello.

La escasez de madera y de agua también afectó a la alimentación, porque complicaba la cocción de algunos víveres. Tras haberse comido los caballos, los burros y los camellos, los hombres vivían sobre todo de queso, atún y tocino, que aumentaban la sed, exacerbada por el ardiente calor africano, y de pan amasado con agua salada. Sande llegó a afirmar al rey que algunos «comieron hígados de turcos».

Para completar el panorama, se puede señalar que las medicinas estaban «estragadas y corrompidas» por el

calor, además de que «había mal recaudo» de ellas y que las vendas para las heridas se lavaban con agua salada. Así, «de cualquier herida morían».

Tan penosas circunstancias propiciaron una verdadera epidemia de desertiones, que Sande cifra en mil y otros elevan a mil quinientos. Afectó en especial a la marinería y gente de galera, pero también a «hartos soldados» y «el pasarse andaba muy desvergonzado», sin que para frenarlo bastase «el temor, castigo ni vergüenza». Llegó al punto de que un cabo dejó su puesto con toda su escuadra. Los turcos daban agua y fruta a los prófugos, a la vista de la sedienta guarnición, pero lue-



Burj al-Rus, la torre de cráneos (1845), grabado coloreado de E. Benjamin según un dibujo de Th. Allom, colección privada. Esta macabra construcción fue edificada por el jeque de Yerba con los huesos de los soldados españoles caídos en la defensa de la fortaleza de los Gelves. Estuvo en pie hasta mediados del siglo XIX.

go los vendían como esclavos a solo dieciocho o veinte escudos, de forma que «con un remo en la mano les hacían perder la sed». Resultaron una excelente fuente de información para el enemigo, además de que hicieron tambalear aún más la vacilante fe de don Álvaro en la tropa. Se ofrecieron seis escudos por cada desertor capturado, o 4 si se le mataba, aunque no bastó para cortar el mal.

CAPÍTULO 4

JUAN DE ARQUELLADA EN HAARLEM (1573-1574)

La zapa, mientras, seguía avanzando y se consiguió rellenar el foso; una carta de Rodrigo de Toledo, del 13, señalaba que solo cuatro pies separaban a los contendientes. El revellín era ya indefendible y el 17 o el 18 –muchas de las fechas del asedio son confusas– se dispuso su abandono, tras incendiarlo. Sin embargo, Ripperda mandó fortificar su gola y construir una media luna, la llamada «retirada», con los materiales de casas que hizo derribar. Estaba dotada, además, de su propio foso y los escombros producidos por el bombardeo la servían de contraescarpa. Así, Haarlem seguía siendo tan inaccesible como antes.

Por esas fechas, una nueva columna de socorro se desorientó en la niebla y se dispersó. Se cogieron ochocientos prisioneros de los que se dijo que «trabajan en el revellín y mueren como chinches», bajo el fuego de sus compañeros. Algo después, el 21, debió de ser un día de luto para Arquellada. Los sitiados realizaron una doble salida, al objeto de clavar la artillería. No lo consiguieron, pero, en el combate, Diego de Carvajal, «muy hombre y muy buen soldado», fue alcanzado por un tiro en el muslo que acabó con su vida.

El 27 se anunció con alivio que «ya tenemos el revellín y la gola», aunque costó «un mundo de gastadores» muertos. Era lo que esperaba don Fadrique: al alba del 31, lanzó un segundo asalto.

Fue una operación compleja. De un lado, ochocientos walones de Gaspar de Robles, apoyados por mil alemanes, arremeterían contra la puerta de San Juan, con la idea de dar cobertura al ataque principal. Este lo darían los españoles, asaltando la de la Cruz en dos columnas, una de cinco compañías del Lombardía y otra de la misma fuerza del Nápoles. Detrás de ambas formaron cuatro banderas de cada uno de esos tercios. En reserva estaba Bracamonte «con sus bisoños», como todavía se calificaba a los del Flandes.

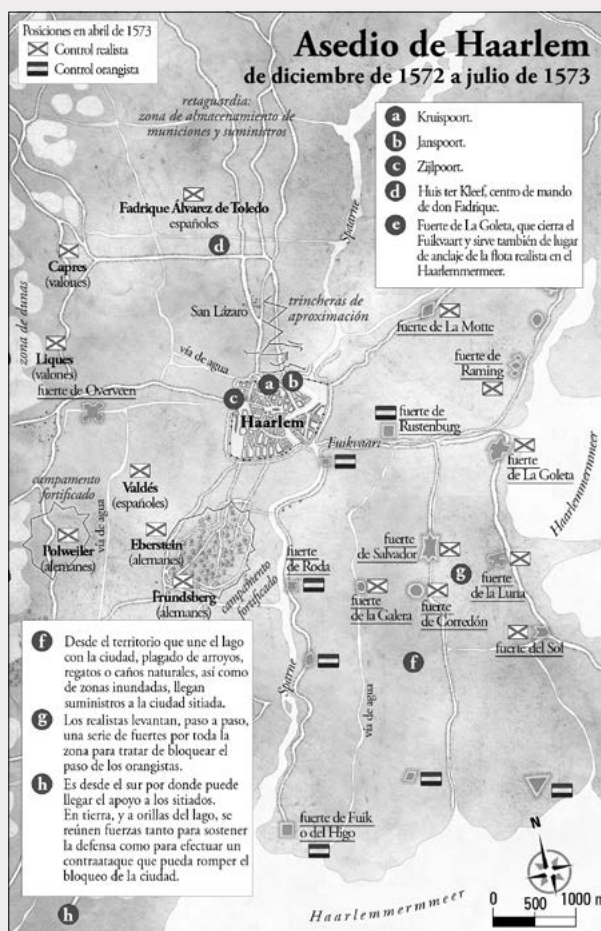
Los walones y los alemanes consiguieron un éxito parcial, llegando a entrar en la torre de la puerta, pero, contraatacados por los defensores, tuvieron con retirarse.

En el sector español fue aún peor. Al avanzar, la fuerza tropezó con la inabordable media luna que había hecho construir Ripperda, cuya existencia se ignoraba. Cogida entre fuegos cruzados en la brecha demasiado angosta, tuvo que hacer alto. Fue entonces cuando el gobernador mandó dar fuego a una mina bajo los pies de los hombres de Hernando de Toledo; más de cuarenta volaron por los aires «como trapos», mientras que los escombros que produjo cerraron todavía más el acceso. Las compañías de vanguardia, bloqueadas, quedaron expuestas a la arcabucería y a la artillería. Rodrigo de Toledo, al frente de su Lombardía, recibió un mosquetazo en un muslo, dos picazos en las caderas y uno en la cara, prueba de que, pese a todo, llegó al cuerpo a cuerpo; no llevaba ni quince días en Haarlem, tras haberse curado en Bruselas de las diversas heridas recibidas en

Mons. Al menos trescientos hombres, entre ellos cuatro capitanes, perecieron en la imposible empresa, muchos de ellos tan metidos entre los enemigos que no se pudo retirar sus cuerpos.

Don Fadrique, vista «la grande desdicha», dio orden de repliegue, «porque si aguardaban más costara más de dos mil soldados, y no se entrara», ante la fortaleza de la defensas.

Como prueba de la impotencia de los sitiadores, mientras se daba el asalto, Orange mandó un socorro a la ciudad. La caballería que vigilaba el entorno batió a la escolta del convoy, apoderándose de la corneta de la guardia personal del príncipe, aunque no pudo impedir que entraran ciento setenta trineos con refuerzos y suministros; pocos días después, lo hicieron ciento trece.



CAPÍTULO 7

FRANCISCO DE CUÉLLAR EN LA EMPRESA DE INGLATERRA (1588-1589)

A partir del 30 de julio, y hasta el 8 de agosto, la Gran Armada prosiguió su camino, canal arriba, en implacable formación de media luna, un alarde de pericia y de disciplina, continuamente hostigada por las naves inglesas, que no lograron romperla. En un principio, atacaron en enjambre, sin orden ni concierto. Al comprobar la inutilidad de sus esfuerzos, y a imitación del sistema español, se organizaron en cuatro agrupaciones –al mando de Howard, Hawkins, Drake y Frobisher–, con no mejores resultados.

Desde un principio, los enfrentamientos adquirieron una fisonomía que se mantuvo hasta el final. Los barcos de Isabel I, muchos de ellos rápidos navíos armados en corso, demostraron ser mejores veleros y más maniobrerios; disponían de mayor número de piezas de largo alcance y de más artilleros, hasta en una proporción de cuatro a uno respecto a los españoles, por lo que sus cañones estaban mejor servidos, y, parece, podían mantener una cadencia de fuego superior. En cambio, según las últimas investigaciones, la circunstancia de que dispusieran de cureñas de cuatro ruedas, y no dos como sus oponentes, no les confería la gran ventaja que tradicionalmente se le ha atribuido. Lo cierto es que tras los combates en el canal, al menos los buques de Medina Sidonia que se empeñaron más no tenían, se dijo con alguna exageración, «ni pelotas ni pólvora»; ello demuestra que fueron capaces de hacer un volumen considerable de disparos. En concreto, durante la batalla de Gravelinas, el San Martín y el San Juan de Portugal, de Martínez de Recalde lanzaron cada uno trescientos cañonazos, lo que no parece un ritmo de fuego desdeñable.

Los respectivos daños causados por ambas escuadras –si bien hay muy pocos datos de los sufridos por la de Isabel I–, indican que el cañoneo de los ingleses fue más preciso, aunque no lo suficiente: durante toda la campaña solo lograron hundir un buque, la nao María Juan, de la escuadra de Vizcaya.

Los españoles, por su parte, con la potente infantería que transportaban –de la que carecían sus enemigos–, poseían la ventaja en arcabucería y mosquetería y, sin duda, se habrían impuesto en los abordajes. Carecían, sin embargo, de la capacidad de llegar a ellos, ante la ligereza del contrario.

El consejo de guerra ya lo había previsto en septiembre del año anterior cuando dictaminó que los de Isabel I atacarían «de fuera, por la ventaja que tienen de artillería» y que, para contrarrestar esa táctica, la Armada debería «embestir y aferrar». No contó, aparentemente, con que le resultara imposible hacerlo.

Cartas que Medina Sidonia fue enviando a Parma reflejan su frustración al respecto. El 4 de agosto se lamentaba de que sus rivales, «más de ciento» barcos, «algunos de ellos muy buenos, y todos grandes veleros», rehúsan «por ningún caso, barloar con la Armada, aunque por mi parte se ha procurado cuanto ha sido posible». Alguna vez, un buque español se había situado en medio de la flota contraria, «a fin de que un navío de ellos aborde para dar batalla, y no ha habido remedio, porque sus navíos son muy ligeros, y los míos muy pesados». Al día siguiente, insiste: para conseguirlo ha intentado «cuantas estratagemas se puede», pero en vano.

El envío de brulotes contra la Gran Armada el 7 de agosto de 1588 (siglo XVI), óleo sobre lienzo neerlandés anónimo, National Maritime Museum, Londres. Incapaces de romper la formación de la armada dirigida por el duque de Medina Sidonia tras una semana de combates en el canal de la Mancha, sus adversarios ingleses lanzaron brulotes la noche del 7 al 8 de agosto cuando la armada fondeó en la rada del puerto neutral francés de Calais.



DOSIER DE PRENSA

CAPÍTULO 10

SOLDADOS DE NÁPOLES (1597-1627)

El problema de los motines no se acabó nunca de resolver; porque, prácticamente, jamás los sueldos se abonaron con puntualidad. Como dice José María del Moral, los virreyes vivieron con «permanentes temores a sobresaltos a que tan dadas son» aquellas unidades.

Los fraudes en las muestras o revistas suponían otra de las lacras que afectaban a todos los ejércitos de la época. El sistema era sencillo. Cuando se reunía una compañía para recibir la paga antes se pasaba lista, para constatar el número de hombres presentes; esa era la ocasión para que aparecieran «mozos de ami-

cuatro o seis «mozos acomodados», que para la ocasión desempeñaban el papel de soldados efectivos. Llegó a conseguir que uno solo, con diferentes vestidos, desfilara cinco veces ante los pagadores; la última lo hizo con un parche, para disimular sus facciones y camuflar la superchería.

Con mucha razón, Guillermo Dondino comparó a esas revistas con un espectáculo teatral, en el que muchas veces colaboraban no solo capitanes, sino aún maestros de campo: «sacan a ciertos hombres vestidos de soldados como en las tablas combatientes de entremés». De ahí, continúa, que «nada se suele afirmar con menos certidumbre que el número de soldados» que realmente había en un determinado momento.

Francisco Ventura de la Sala alude a una extendida variante napolitana, los llamados santelmos. Eran estos, en teoría, «ciertos hombres que tenían plaza y no eran de servicio», por achaques o heridas, sin embargo, muchos que se hacían pasar por tales gozaban de excelente salud. Afirma que en una muestra se descubrieron hasta seiscientos que vivían así, «comiendo lo que no servían», a los que se hizo entrar en filas en el acto.

La amenaza de despedir al capitán que incurriera en esas estratagemas y de castigar «bien» al soldado que participara en ellas no fue suficiente para poner coto a ellas, tan arraigadas estaban.

El juego y las mujeres eran consustanciales a los tercios. La afición al primero se aceptaba de hecho como algo irremediable. Por eso, se procuraba que las «tablas» estuviesen en la vivienda del alférez, para ejercer algún mínimo tipo de control y, de paso, beneficiarse del barato que abonaban los jugadores. También por esa razón, cuando había dinero suficiente para las pagas, los buenos capitanes procuraban dosificarlo, entregando periódicamente solo pequeñas cantidades a los hombres, porque sabían que, en caso contrario, se apresurarían a apostar la suma completa.

Pero no siempre funcionaba ese tipo de medidas. Cuenta Contreras que el comandante de un buque en el que navegaba, tiró al mar los dados, para evitar que los hombres se jugaran la parte que les correspondía de un jugoso botín que acababan de apresar. Fue una pérdida de tiempo y de dados; enseguida se organizaron carreras de piojos, en las que se envidaba a favor de uno u otro de los animalejos.



Riña de soldados (ca. 1630), óleo sobre lienzo anónimo, Colección Pallavicini. Las disputas a cuenta del juego fueron con frecuencia un problema habitual entre las tropas, de ahí que las autoridades trataran de limitarlo en la medida de lo posible, sobre todo en campaña.

gos y de gentilhombres, y oficiales y otras personas», «soldados traídos prestados» y gente que «no sirve ni ve bandera sino a ese tiempo» y se hicieran pasar por miembros de la unidad, cobrando un sueldo que no les correspondía.

La práctica estaba tan extendida que, según cálculos de las propias autoridades, después de cada muestra faltaba «al menos la tercia parte de sus soldados», ya que los tramposos se embolsaban la parte del dinero que habían pactado con sus cómplices, muchas veces los propios capitanes, y desaparecían. Apenas hace falta decir que Guzmán de Alfarache era doctor en la materia. Presumía de que era capaz de infiltrar en una revista

CAPÍTULO 11

TIBURCIO DE REDÍN EN EL PIAMONTE Y EN EL CARIBE (1617-1637)

El Madrid de la época era un adecuado escenario para alguien como Redín, con sus quinientas tabernas, sus rufos, pillos de toda laya, «caballeros tahúres», bravos, fulleros o «ciertos», espadachines, ciegos con vista de águila y muchedumbre de mendigos que cuidadosamente mantenían repugnantes llagas abiertas para excitar la compasión, y con sus «continuos lances, robos, cuchilladas, asaltos, baraterías, atropellos, heridas y muertes».

Se tataba en la época, con notable exageración:

Matan a diestro y siniestro,
matan de noche y de día,
matan al Ave María,
matan al Padre Nuestro

Es fácil imaginar a don Tiburcio, quizá acompañado por una caterva de compinches, con su paso militar y, parafraseando a Quevedo, la capa caída, calado el sombrero con la falda alzada, embozado, abierto de piernas y «mirada zaína», haciendo la rúa por la calle Mayor, calibrando a las «damas del tusón y medio ojo tapado» y a las señoras de ringorrango que la frecuentaban, o recorriendo las de Montera y Atocha, «anchas, pero las peor olientes de mundo». Quizá se acercara a las gradas de San Felipe, a oír las mentiras de «soldados académicos» y baladrones, que sobre las losas trazaban estrategias infalibles para derrotar a los herejes.

Hombre elegante, a mediodía dejaría su «posada secreta», como se llamaba a las de postín, y se acercaría a alguna «casa de gula», a comer un asado de carnero –«plato «regalado»–, acompañado con vino «de lo caro» o «precioso», como el de Cebreros o el de los Pelayos. Un vaso de hipocrás caliente le podría servir de postre.

Al atardecer, era obligado el paseo por el prado de San Jerónimo, con sus veintitrés fuentes y su incesante trasiego de carruajes cargados de nobles empingotados y de busconas, lugar de galanteos, desafíos y citas clandestinas al amparo de la penumbra, donde lo mismo se lanzaban requiebros que estocadas. Quizá, luego, iría a algún corral de comedias a, según su humor, asistir a la representación o reventarla, trabando estruendosa lid con los mercenarios conocidos como «mosqueteros», contratados para aplaudirla.


Pero cuando Redín y sus adláteres se esponjaban era al caer de la noche. Entonces se deslizaban por callejones angostos, «lóbregos y pobres», que se han comparado con los accesos a una mazmorra, de «entradas cavernosas», que servían de retrete y que daban paso a las numerosas casas a la malicia, con los pisos superiores retranqueados para eludir impuestos, y con infames alojamientos de «media con limpio» –cama a compartir con otro huésped, con la teórica garantía de que este no tuviera sarna o algo peor–. Convenía andarse con prudencia; a partir de las 11, en invierno, las 10 en verano, estaba autorizado el lanzamiento de inmundicias a la vía pública, al temido grito de «¡Agua va!». Aunque lo cierto es que en cualquier momento del día podía producirse el no deseado bautizo del incauto, a pesar de la pena de cien azotes y seis años de destierro reservada a los sirvientes que incumplían los horarios.

El destino de la cuadrilla sería un garito o un bodega de puntapié, donde encanallarse entre mata-dores, daifas, guitarras y partidas de rentoy o de los cientos, que con frecuencia acababan en chispazos de aceros desnudos, a la temblorosa luz de candiles mal espabilados.

Vista del paseo del Prado en la confluencia con la carrera de San Jerónimo (principios del siglo XVII), óleo sobre lienzo anónimo, Museum in der Burg Hochosterwitz, Launsdorf. El cuadro muestra el palacio construido por el duque de Lerma, valido de Felipe III, en cuyos jardines se celebra un torneo caballeresco que acuden a presenciar aristócratas y nobles.



DOSIER DE PRENSA



Julian Romero,
el dñs Azañas N.
d'Antequera Com.
en la Om. d'S. Tiago
Mied Campo el
mas famoso d'los
Egercitos d'Italia
y Flandes de cuios
hechos Gloriosos
estan llenas las
Historias

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824

comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

